

Ejemplos de uso «voluntario» de la casualidad

Puesto que la casualidad es un recurso «prohibido» en narrativa, un recurso que el buen lector no perdona fácilmente si se abusa de él, los autores modernos que desean (o necesitan) usarla, lo que suelen hacer es llamar la atención sobre ella de algún modo, resaltarla para el lector, como diciendo: «Sí, hay una casualidad y lo sé».

En *Crónica de una muerte anunciada* Gabriel García Márquez alude, mediante su narrador, a la cadena de casualidades que hacen que nadie avise a Santiago Nasar de que va a ser asesinado, aunque todo el mundo en el pueblo lo sabe y muchos se lo encuentran esa mañana. Lo hace mediante el juez de instrucción ya en las primeras páginas:

Nadie podía entender tantas coincidencias funestas. El juez instructor que vino de Riohacha debió sentir las sin atreverse a admitirlas, pues su interés de darles una explicación racional era evidente en el sumario. La puerta de la plaza estaba citada varias veces con un nombre de folletín: la puerta fatal. En realidad, la única explicación válida parecía ser la de Plácida Linero, que contestó a la pregunta con su razón de madre: «Mi hijo no salía nunca por la puerta de atrás cuando estaba bien vestido». Parecía una verdad tan fácil, que el instructor la registró en una nota marginal, pero no la sentó en el sumario.

Y casi al final vuelve sobre la idea de la casualidad, de nuevo a través del juez de instrucción:

El nombre del juez no apareció en ninguno, pero es evidente que era un hombre abrasado por la fiebre de la literatura. Sin duda había leído a los clásicos españoles, y algunos latinos, y conocía muy bien a Nietzsche, que era el autor de moda entre los magistrados de su tiempo. Las notas marginales, y no solo por el color de la tinta, parecían escritas con sangre. Estaba tan perplejo con el enigma que le había tocado en suerte, que muchas veces incurrió en distracciones líricas contrarias al rigor de su ciencia. Sobre todo, nunca le pareció legítimo que la vida se sirviera de tantas casualidades prohibidas a la literatura, para que se cumpliera sin tropiezos una muerte tan anunciada.

En su serie de novelas *Una danza para la música del tiempo*, Anthony Powell hace un uso repetitivo de la casualidad. La primera vez que se da es en la p. 167 del primer libro, cuando el protagonista se topa en Francia con un hombre que ha colaborado con un personaje que el protagonista conoció recientemente en la casa de un amigo.

El autor naturaliza esa casualidad haciendo que el protagonista exclame: «Esta sí que es una coincidencia asombrosa..., ¡me lo han presentado hace poco!».

Pero el autor no siempre naturaliza las casualidades, que jalonan las doce novelas. De hecho, en Inglaterra es común al parecer que cuando se da una casualidad la gente exclame «parece una novela de Powell».

Por último, también el narrador de John Banville en *El libro de las pruebas* habla de la casualidad:

Al prestar testimonio las coincidencias se vuelven insípidas —su señoría, estoy seguro de que con el paso del tiempo lo ha notado—, semejan bromas que deberían ser realmente divertidas aunque no provocan la menor risa. Se escuchan con absoluta ecuanimidad los relatos de los actos más disparatados por parte del acusado y en el instante en que se menciona una banal simultaneidad de acontecimientos, en la tribuna arrastran los pies, la defensa carraspea y los periodistas contemplan embobados las molduras del techo. Estoy convencido de que, más que de turbación, son señales de incredulidad. Es como si alguien, el organizador oculto de esta historia compleja y sorprendente, que hasta el momento no ha metido la pata, súbitamente se pasará de listo, llegará demasiado lejos y todos nos sintiéramos decepcionados y algo apenados.